

Primera edición: septiembre 1990  
Décima séptima edición: septiembre 2005

Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Colección dirigida por Marinella Terzi  
Traducción del alemán: Marinella Terzi  
Ilustraciones: Federico Delicado

Título original: *Der Himbeerrote Drache*  
© Jugend und Volk Verlagsgesellschaft,mbH,  
Wien-München, 1998  
© Ediciones SM, 1990  
Impresores, 15 - Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

Centro de Atención al cliente  
Tel.: 902 12 13 23  
Fax: 91 428 65 97  
e-mail. [clientes.cesma@grupo-sm.com](mailto:clientes.cesma@grupo-sm.com)

ISBN: 84-348-3214-3  
Depósito legal: M-32497-2005  
Preimpresión: Grafilia, SL  
Impreso en España/*Printed in Spain*  
Orymu, SA - Ruiz de Alda, 1 - Pinto (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

EL BARCO



DE VAPOR

# El dragón color frambuesa

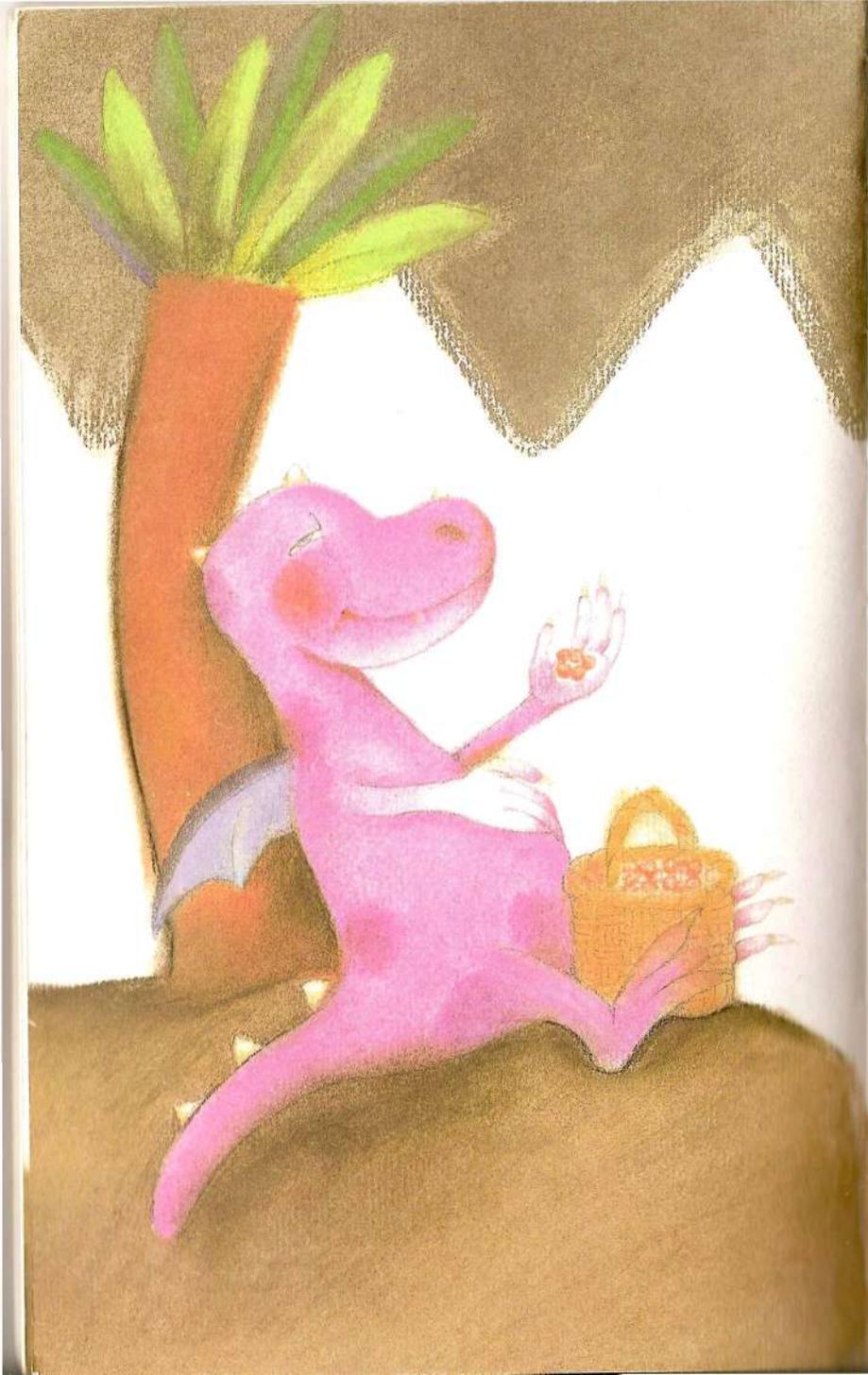
Georg Bydlinski

Ilustraciones de Federico Delicado

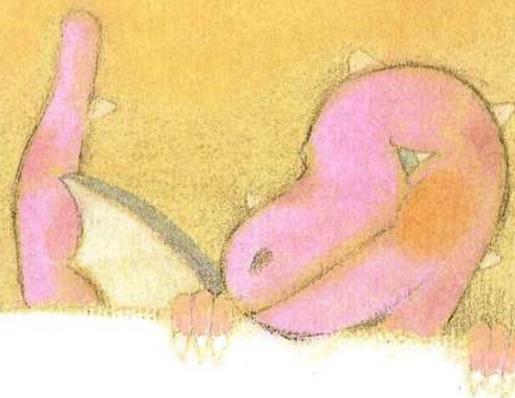


HABÍA una vez un pequeño dragón,  
que no era verde  
como el resto de los dragones.  
Tenía la piel  
salpicada de lunares rojos,  
como las frambuesas.  
Y es que éstas eran  
sus frutas favoritas.





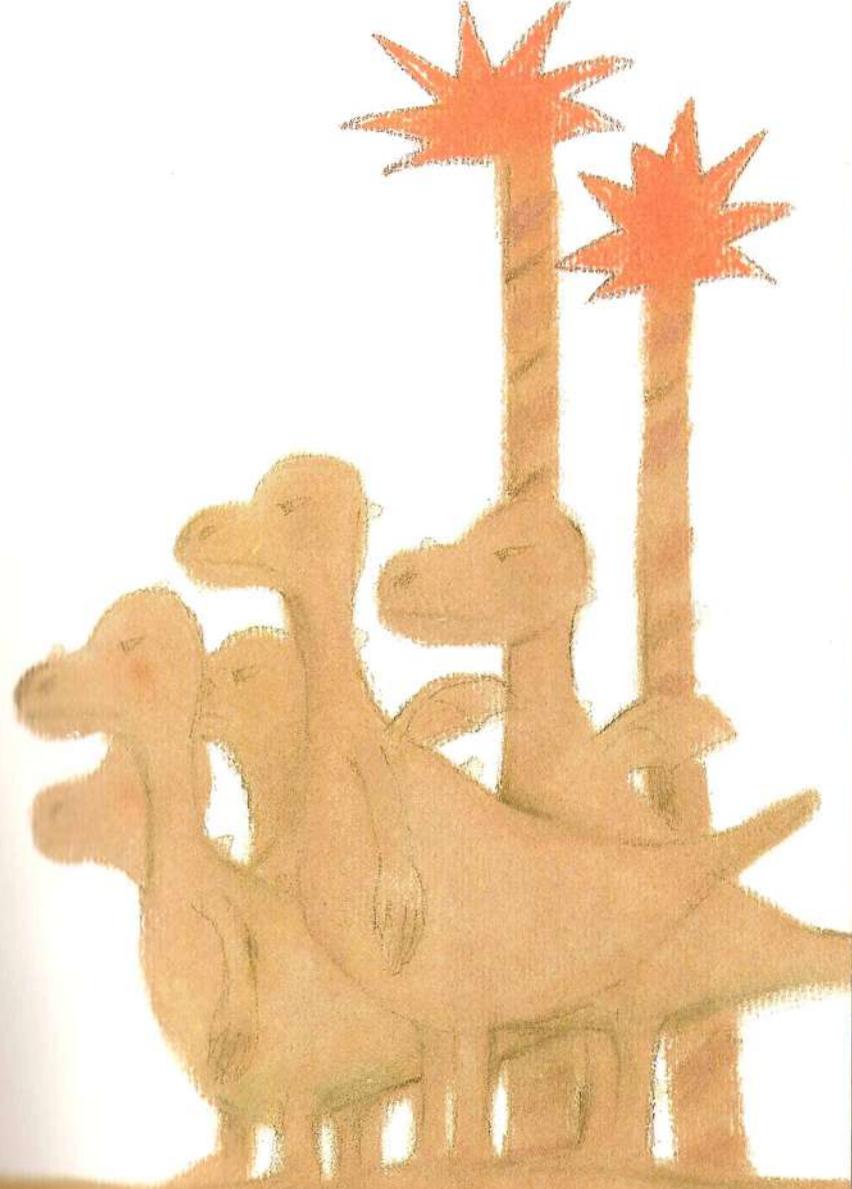
Por la mañana temprano,  
iba a buscar frambuesas  
y no paraba  
hasta que tenía la cesta repleta.  
Después,  
se apoyaba contra un árbol,  
veía cómo el sol aparecía  
tras la montaña  
y comía sin parar.



Quando los demás dragones se acercaban  
a las matas de frambuesas  
para desayunar,  
le preguntaban:  
—¿Nos das unas pocas?

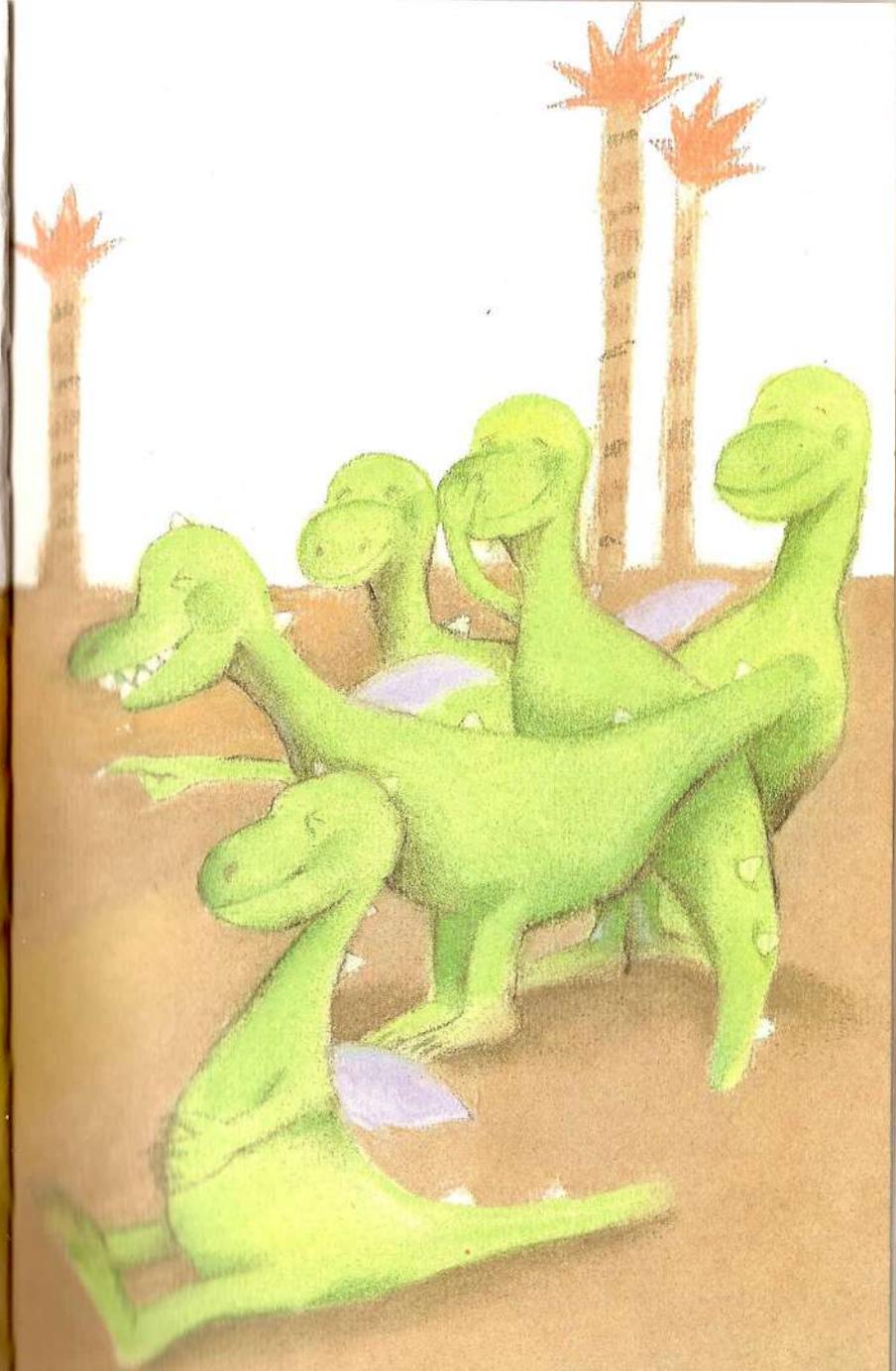
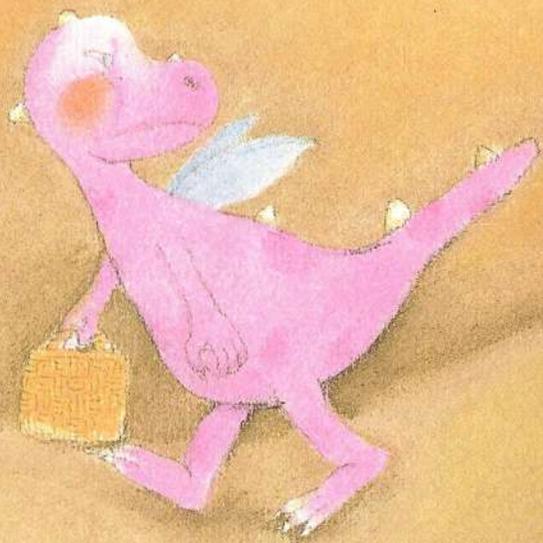
Entonces, el pequeño dragón  
se metía un puñado de frambuesas  
en la boca  
y negaba con la cabeza.

—Ya no me queda ni una.  
¡Levantaos pronto  
y buscadlas vosotros!  
—decía masticando.



Los demás dragones se enfadaban,  
le hacían burla  
y gritaban:

—¡Ja! ¡Ja!  
¡No nos hagas reír!  
¡Un dragón color frambuesa!

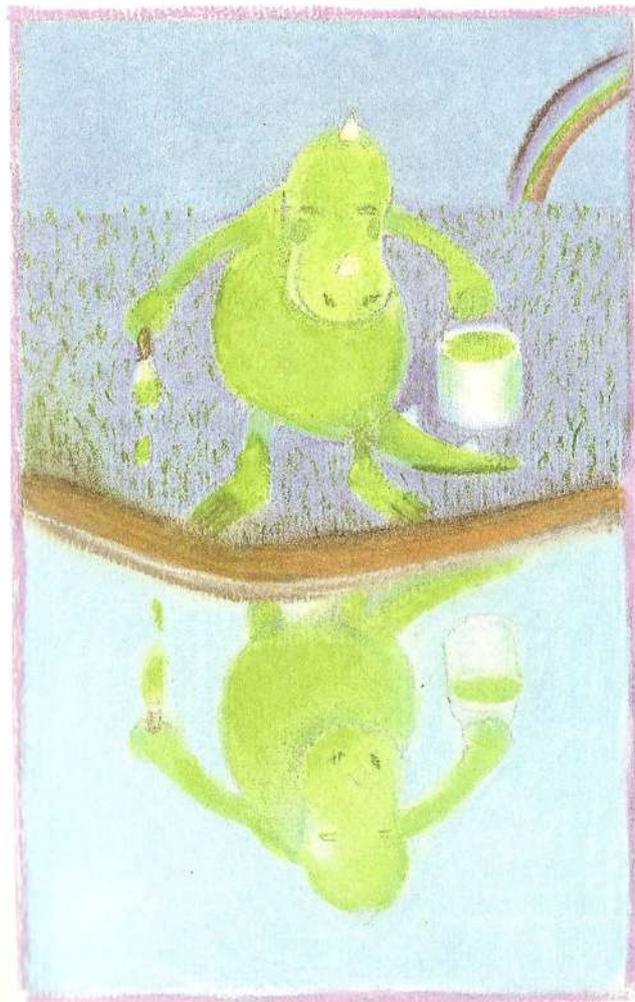
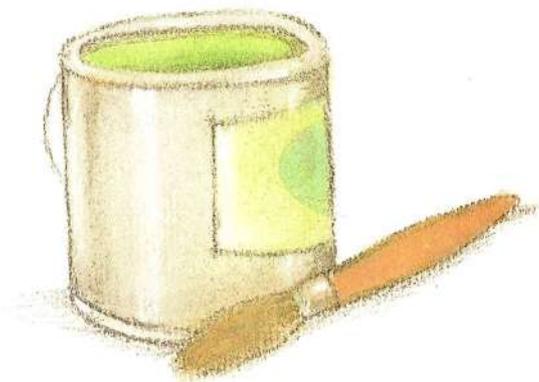


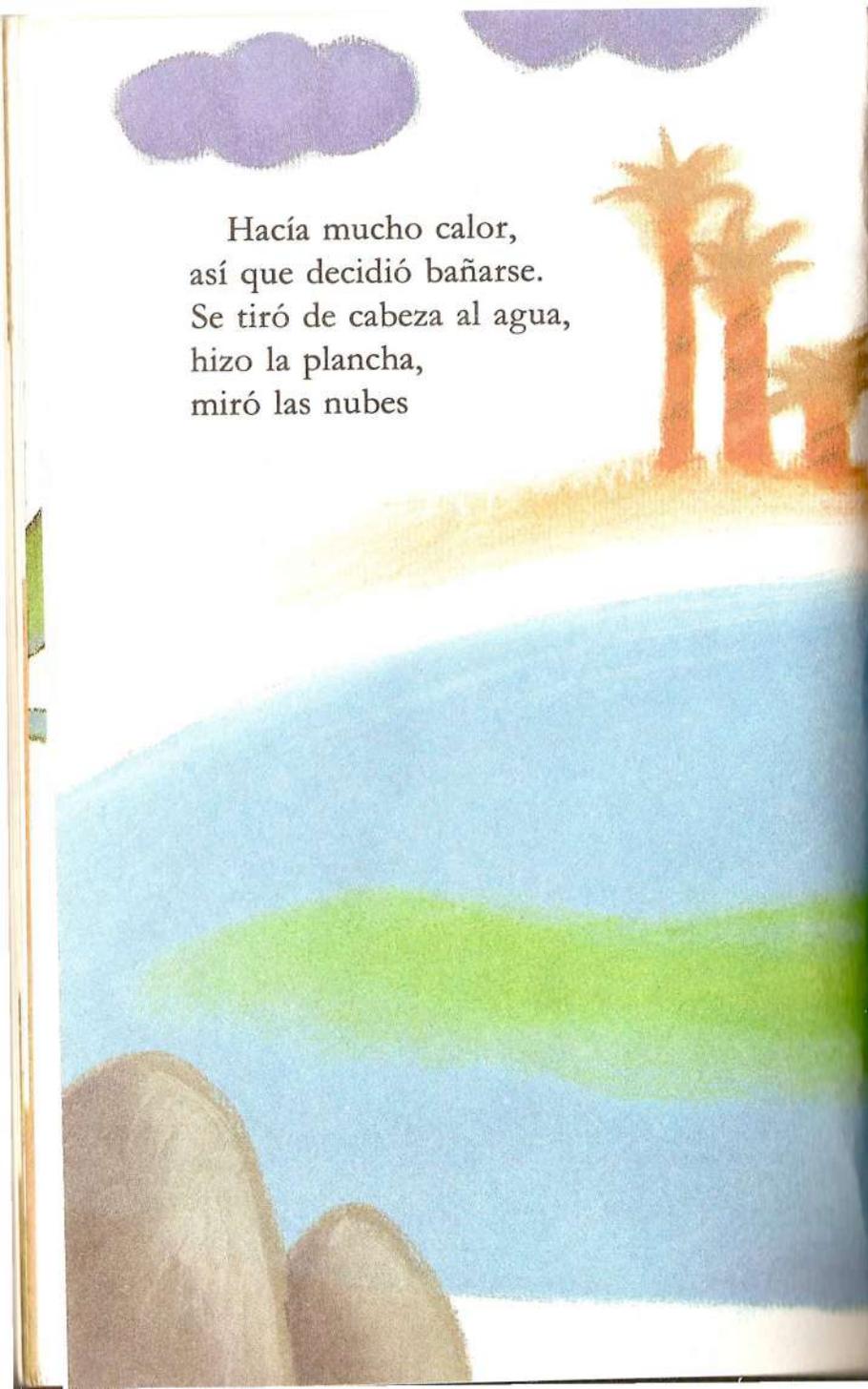


Luego,  
se ponían a bailar a su alrededor  
y al pequeño dragón  
se le quitaban las ganas  
de comer más frambuesas.

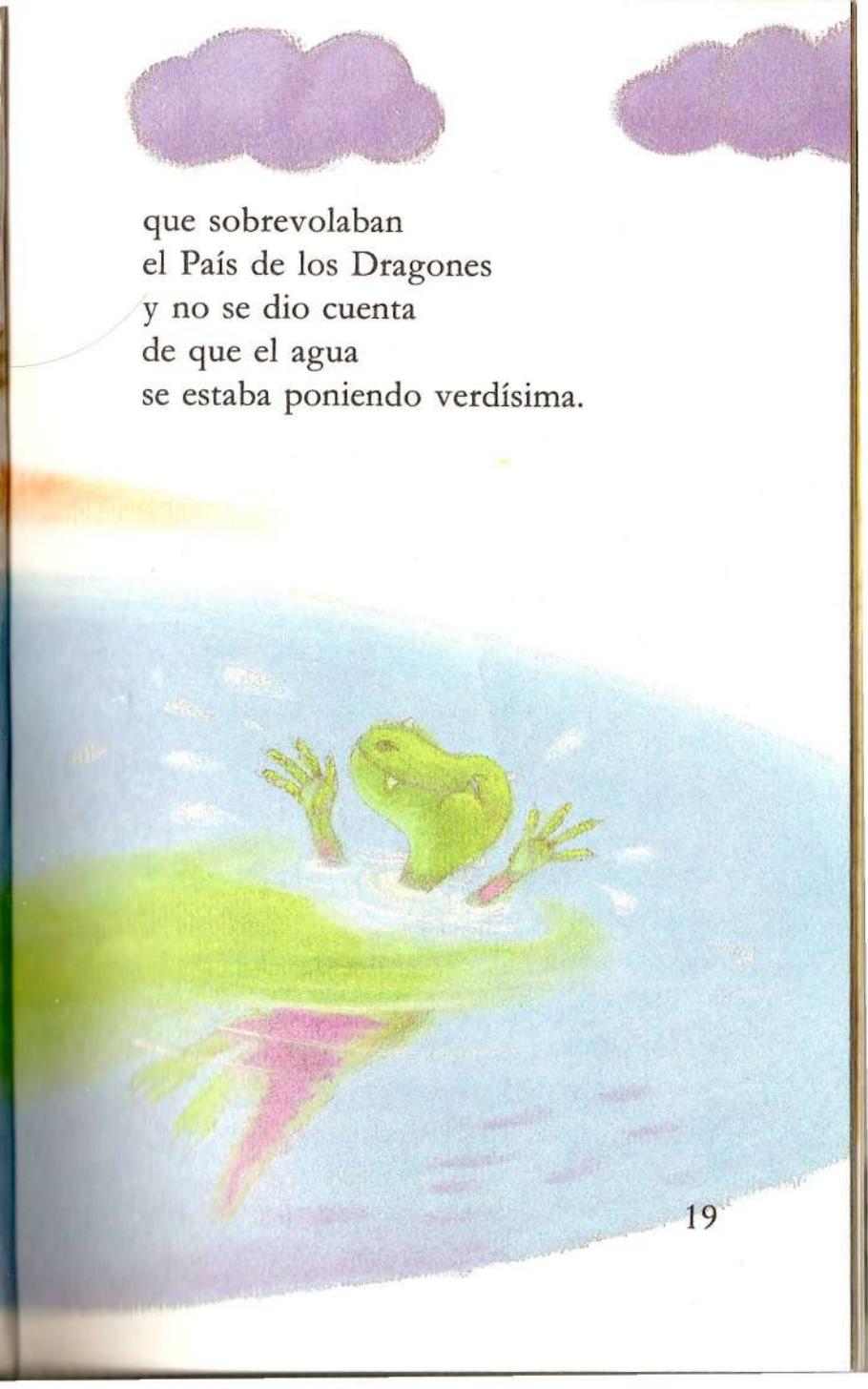


UN hermoso día,  
el dragón tuvo una idea.  
Compró un bote de pintura  
y un pincel  
y se pintó de verde  
de arriba abajo  
y de atrás adelante.  
Luego,  
se miró en el agua de la laguna  
y se puso muy contento.





Hacía mucho calor,  
así que decidió bañarse.  
Se tiró de cabeza al agua,  
hizo la plancha,  
miró las nubes



que sobrevolaban  
el País de los Dragones  
y no se dio cuenta  
de que el agua  
se estaba poniendo verdísima.



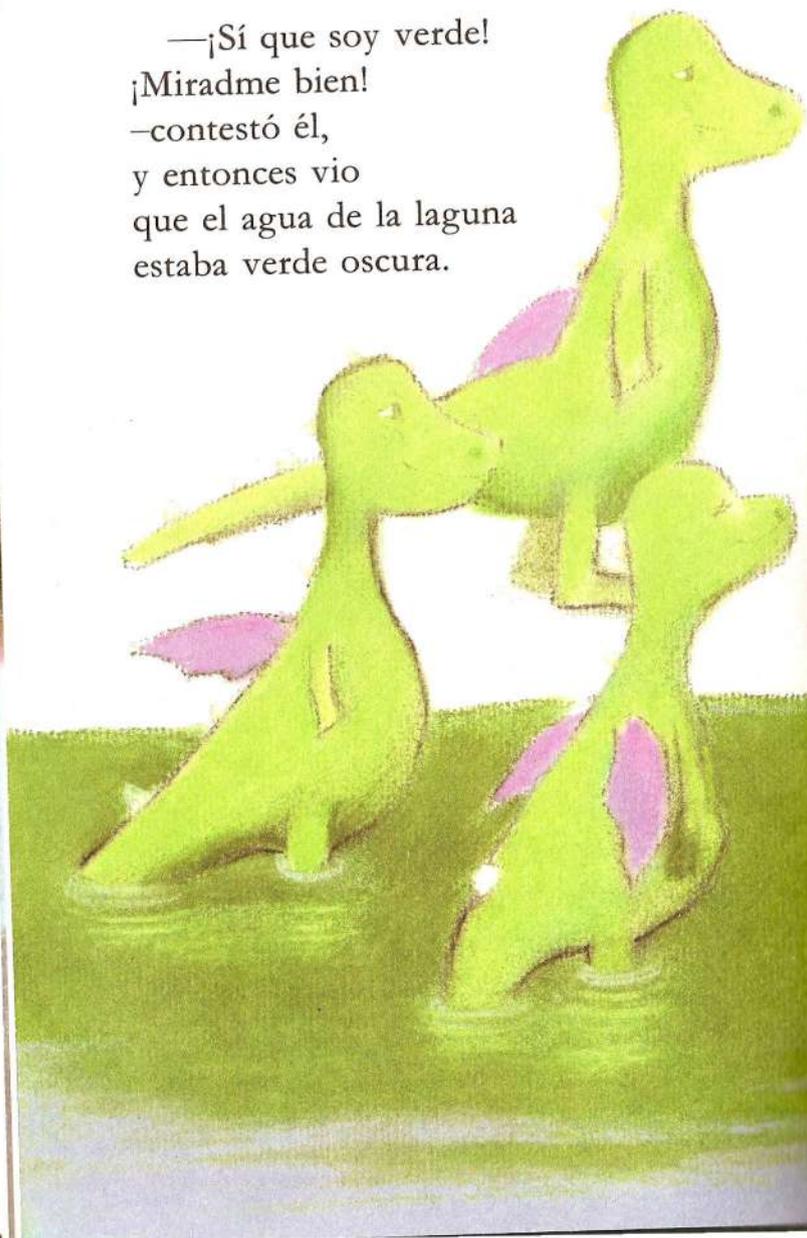
Después de un rato,  
salió de la laguna.  
Ya no tenía calor.

De repente,  
aparecieron los otros dragones  
por detrás de los arbustos,  
bailaron a su alrededor,

le hicieron burla  
y cantaron:

—¡Ja! ¡Ja!  
¡No nos hagas reír!  
¡Un dragón color frambuesa!  
¿O te crees que ahora eres verde?  
¡No nos hagas reír!

—¡Sí que soy verde!  
¡Miradme bien!  
—contestó él,  
y entonces vio  
que el agua de la laguna  
estaba verde oscura.



Al pequeño dragón  
le dio mucha vergüenza  
y no pudo dormir  
en toda la noche.

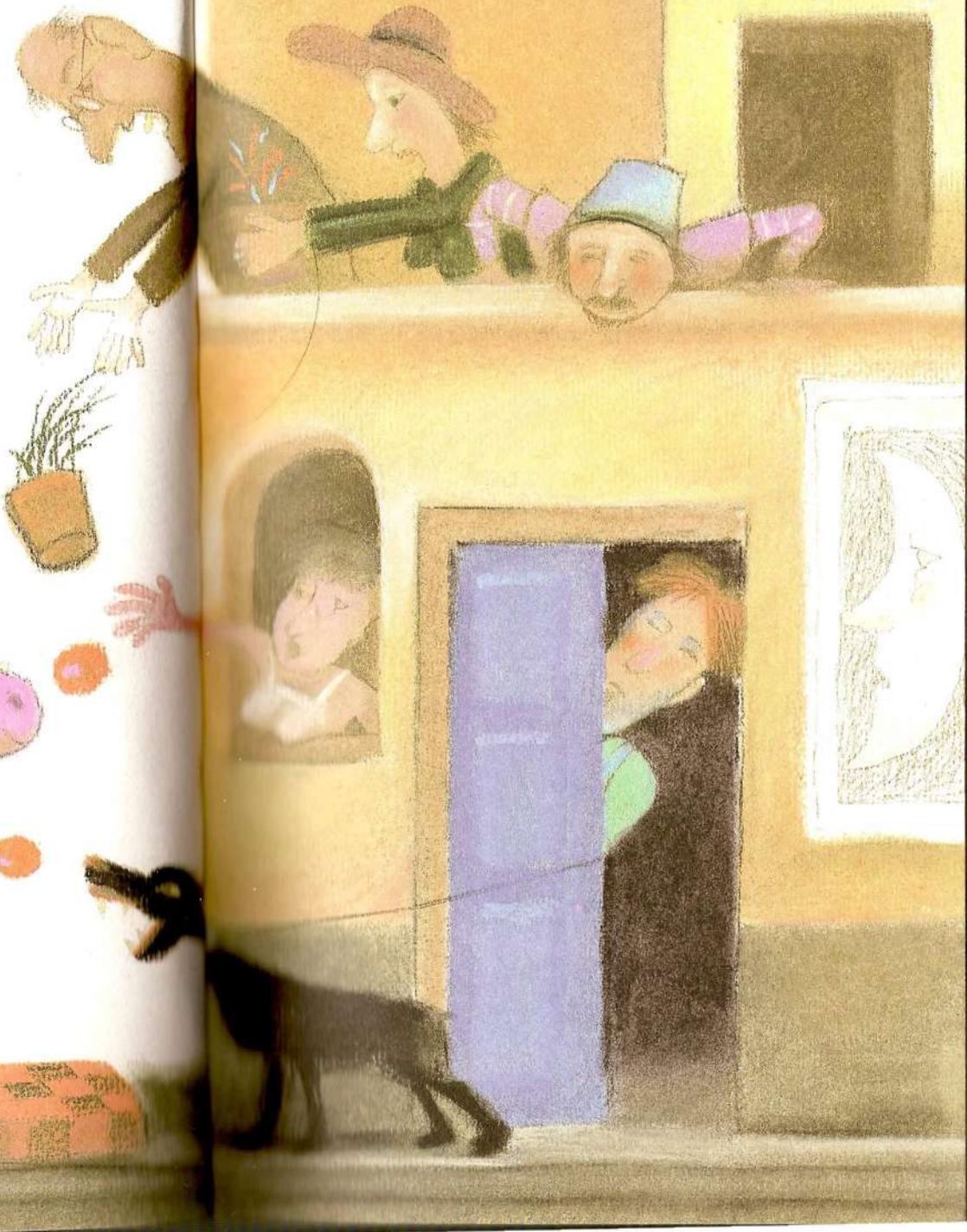


Al día siguiente,  
antes de que amaneciera,  
hizo su maleta  
y se marchó  
del País de los Dragones.

Caminó  
y caminó  
y caminó,  
hasta que llegó a una ciudad.  
—¡Hola! —saludó—.  
¡Soy un dragón!  
¡Buenos días!



Pero las gentes se asustaron,  
corrieron hasta sus casas  
y cerraron las puertas  
a cal y canto.  
Le tiraron macetas,  
tomates y piedras  
por las ventanas.

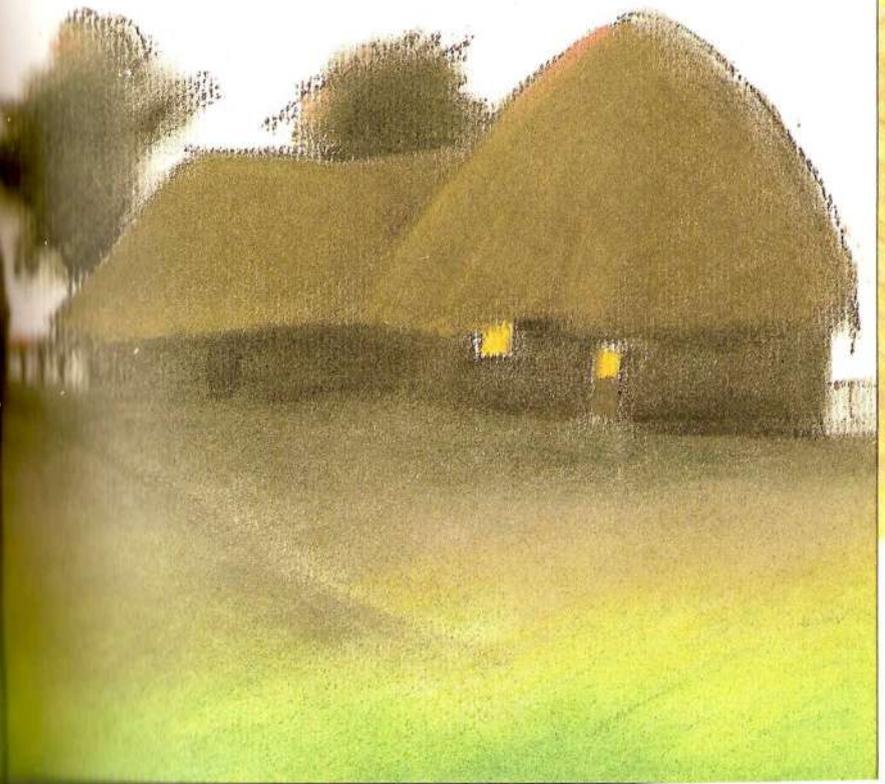


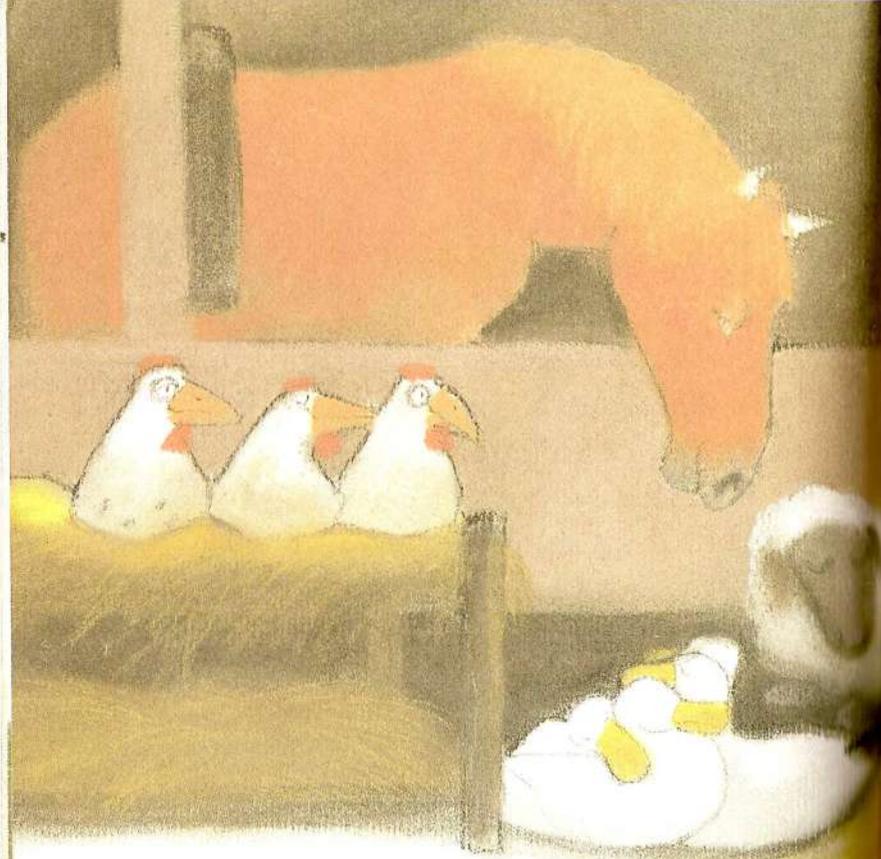
El dragón se puso triste  
y se fue de la ciudad.



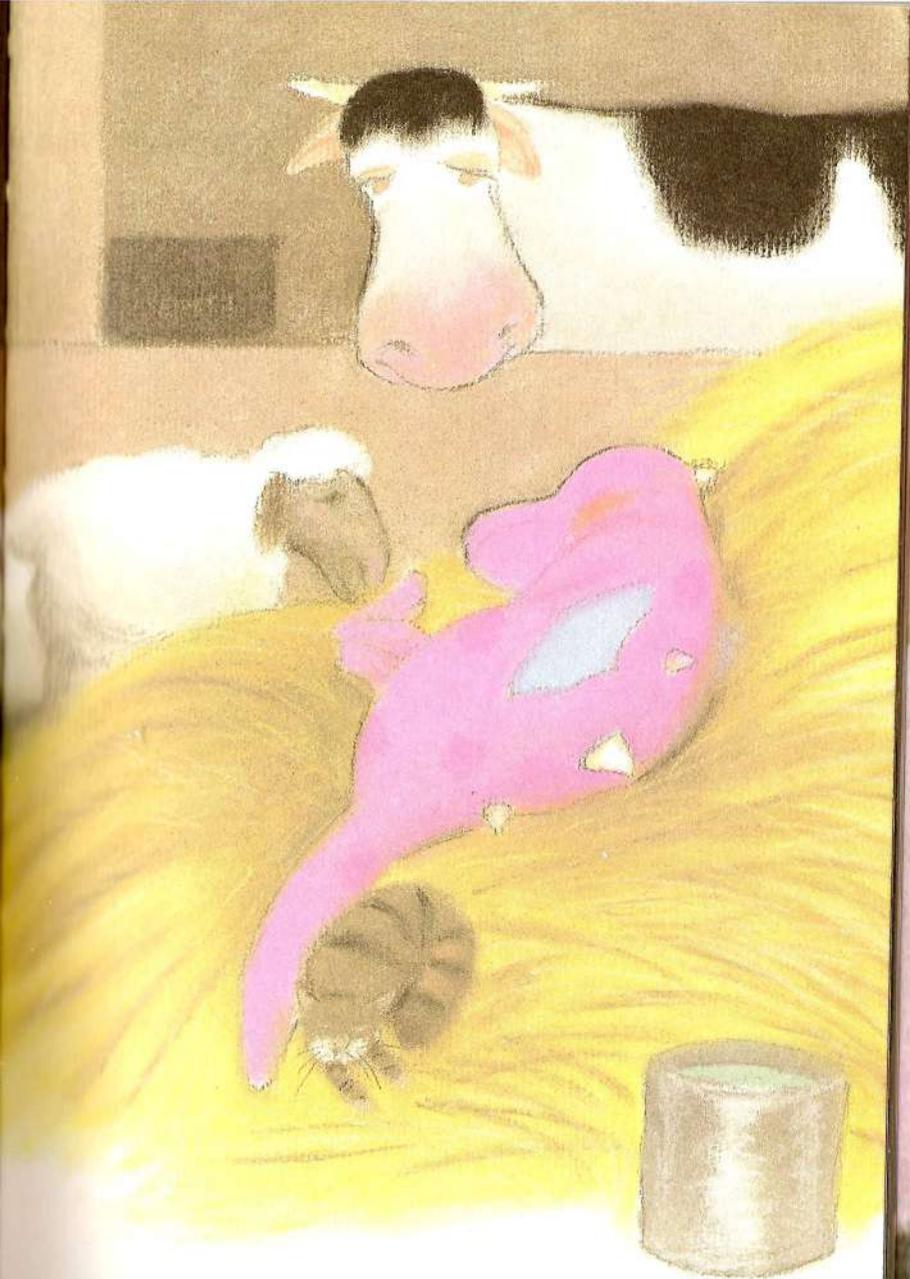


Por la tarde,  
llegó a una granja.  
Estaba cansado.  
Le dolían las patas  
de tanto andar.  
Se metió en el establo  
que había junto a la casa  
y buscó un sitio entre la paja.

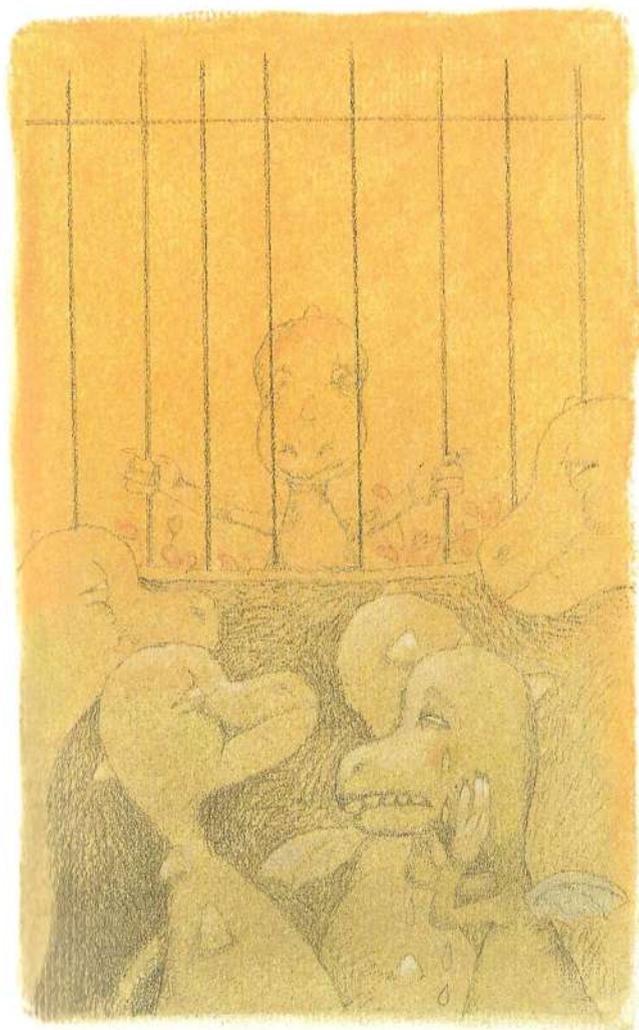




Los animales lo recibieron  
con simpatía.  
Cuando el dragón se durmió,  
un gato se enrolló  
al final de su cola  
y ronroneó feliz.

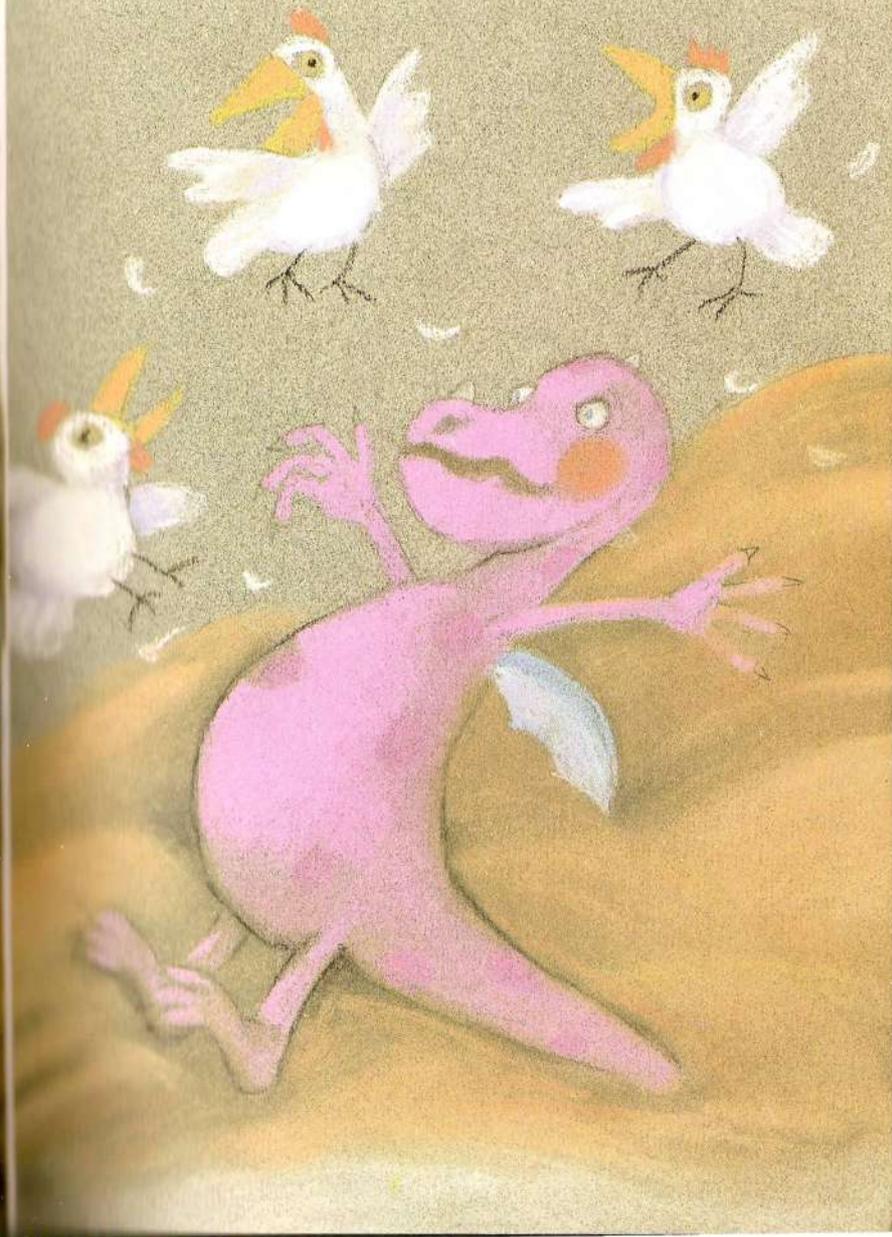
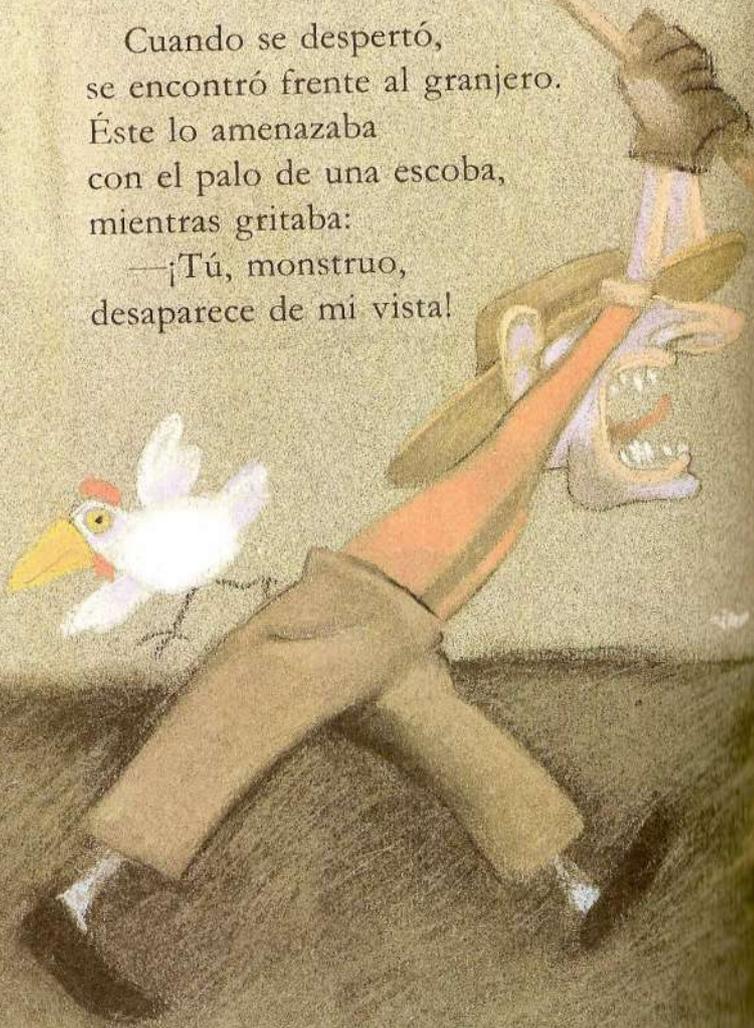


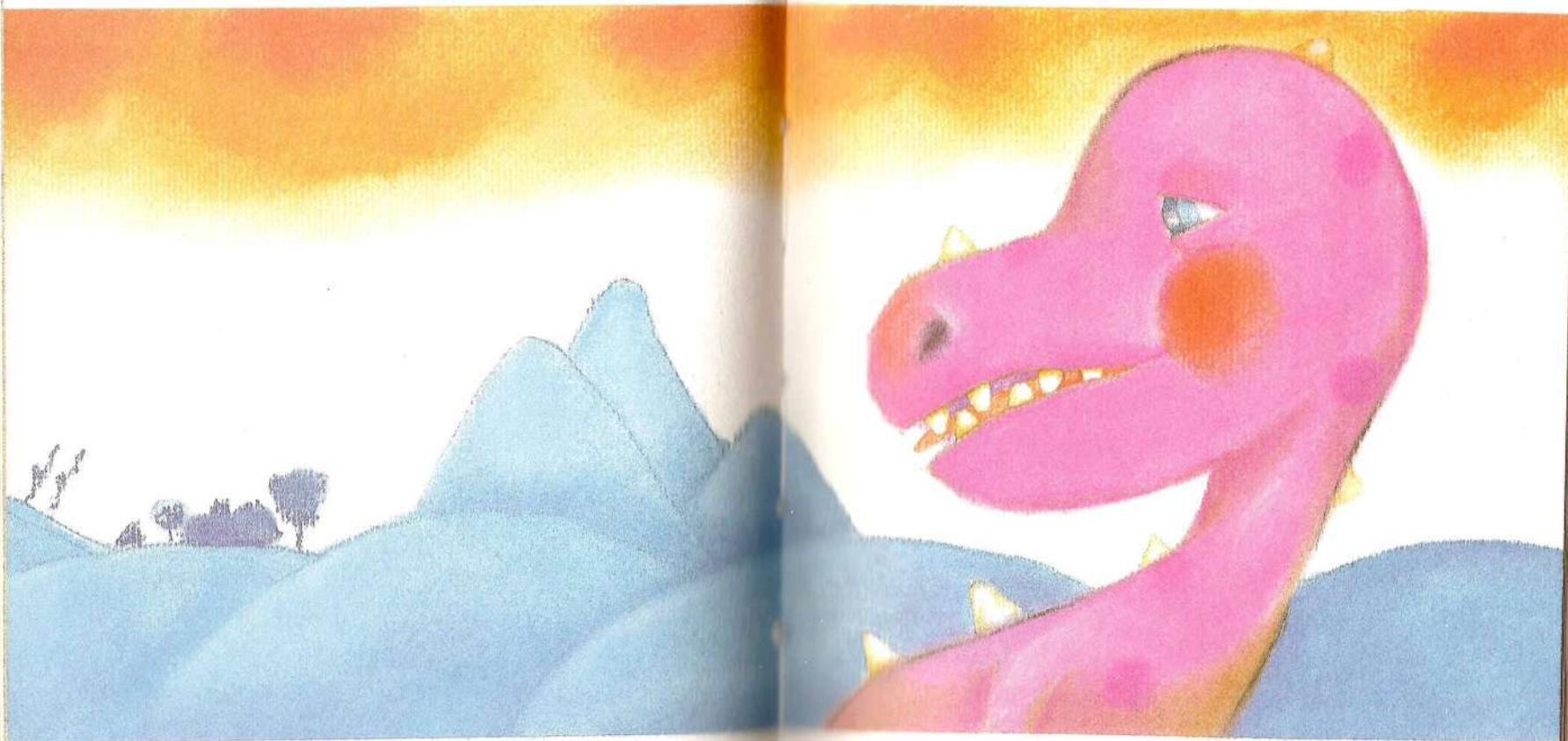
Durante la noche  
tuvo una pesadilla:  
estaba encerrado  
en medio de un jardín diminuto.  
La verja que lo tenía aprisionado  
era muy alta.  
Al otro lado  
estaban los demás dragones.  
Había una dragona  
que lloraba sin parar.  
El dragón quería saltar la verja,  
pero era demasiado alta...



Cuando se despertó,  
se encontró frente al granjero.  
Éste lo amenazaba  
con el palo de una escoba,  
mientras gritaba:

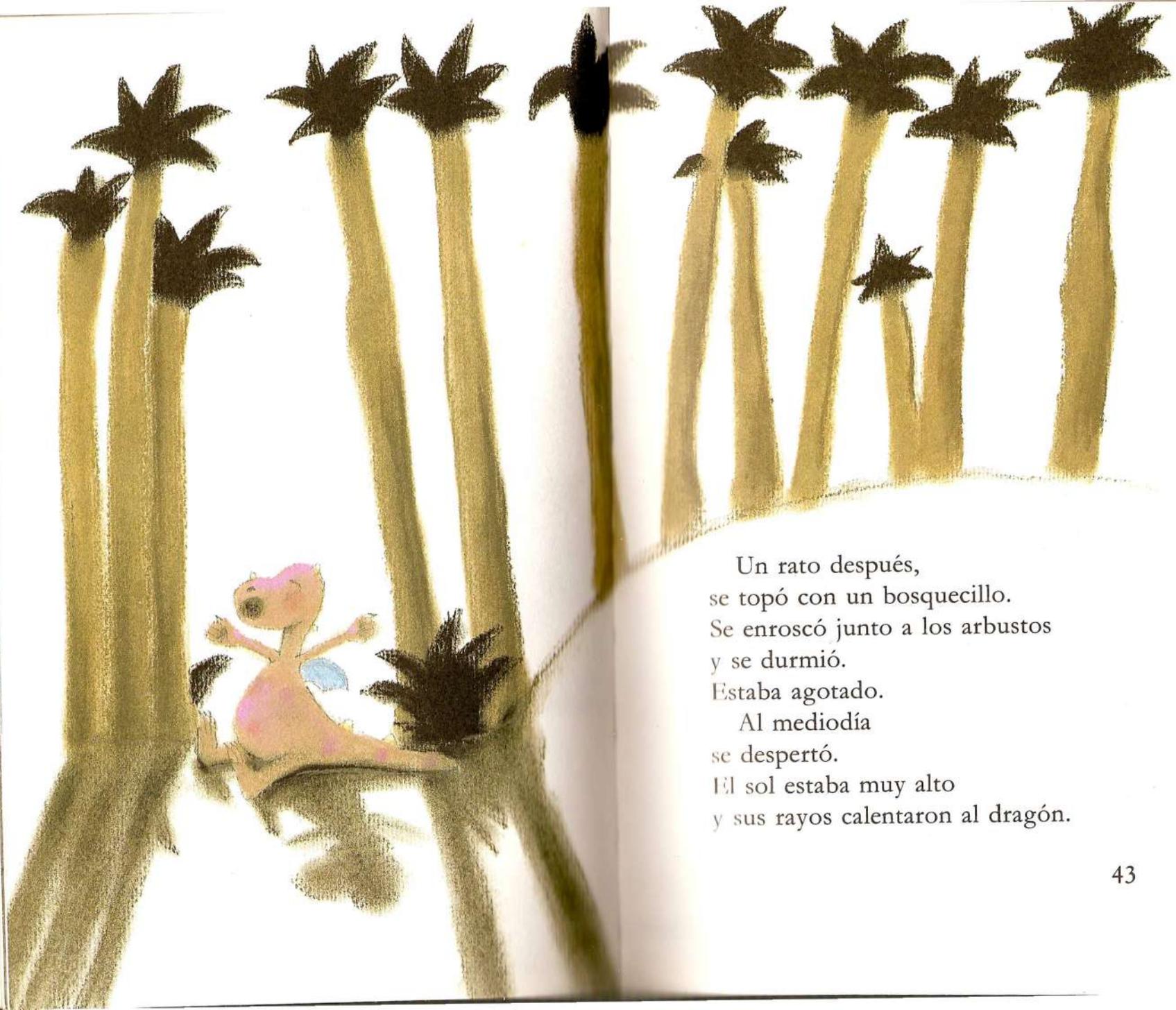
—¡Tú, monstruo,  
desaparece de mi vista!





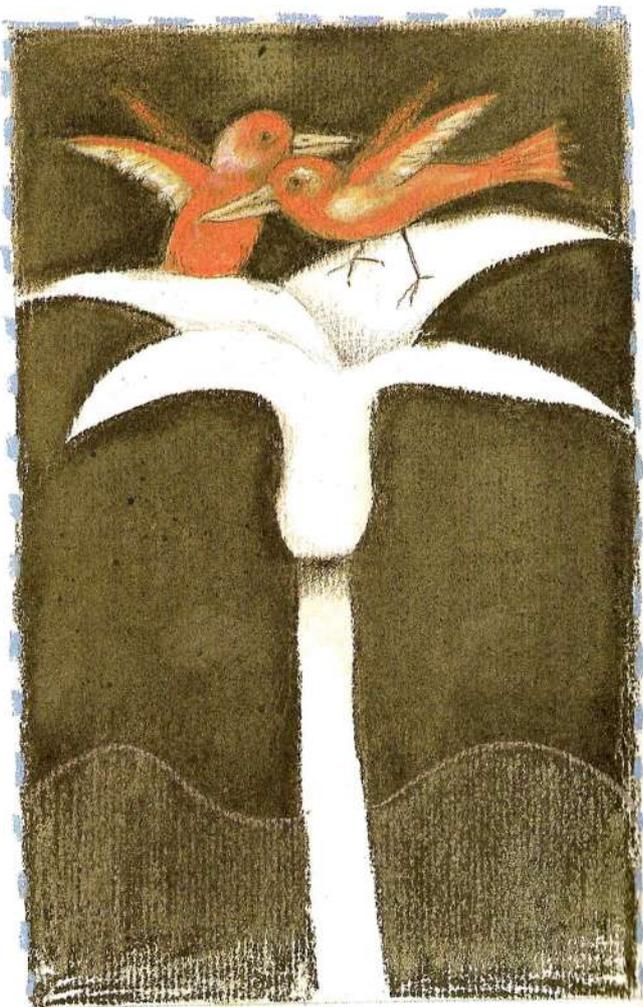
El pequeño dragón se marchó  
tan rápido como pudo.

No se paró  
hasta que ya estaba muy lejos  
y la granja parecía de juguete.



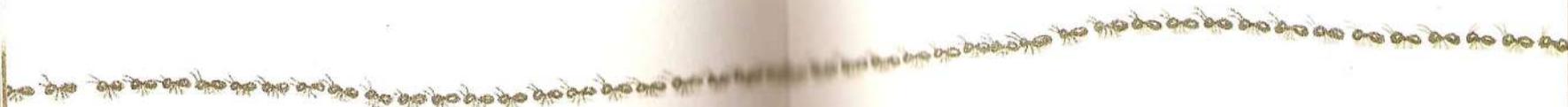
Un rato después,  
se topó con un bosquecillo.  
Se enroscó junto a los arbustos  
y se durmió.  
Estaba agotado.

Al mediodía  
se despertó.  
El sol estaba muy alto  
y sus rayos calentaron al dragón.



Vio una pareja de pájaros  
que se hacía carantoñas  
sobre una rama.

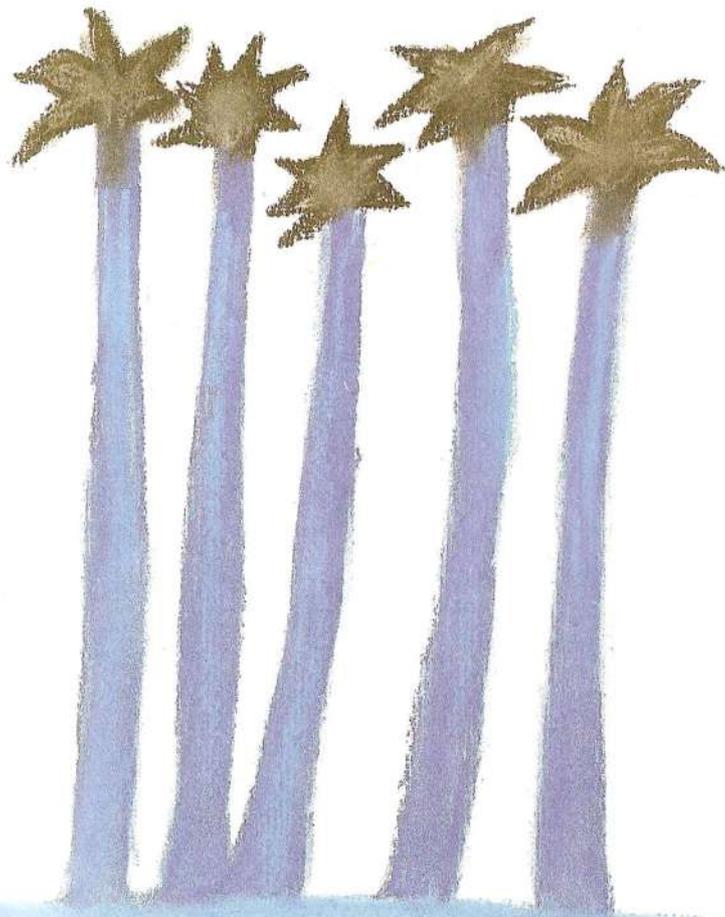
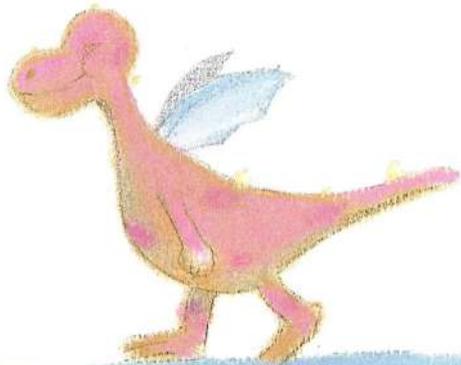
Abajo,  
al lado de los dedos de sus pies,  
había una procesión de hormigas  
que caminaba hacia un hormiguero.  
Un ratón de campo  
se asomaba por un agujero.  
«Todos tienen un hogar,  
todos menos yo»,  
pensó el pequeño dragón.  
Y le entró una nostalgia tremenda.



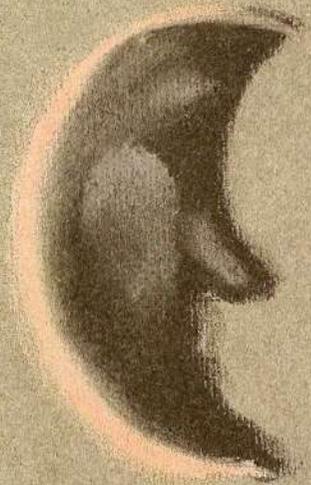


Echaba de menos  
el País de los Dragones,  
con sus grandes bosques,  
sus viejos árboles,  
sus cascadas,  
las lagunas,  
los arroyos  
y las nubes que volaban por encima.

También sentía un poco de nostalgia  
por los otros dragones.  
Se sentó al borde del camino  
y pensó durante un rato.  
Luego, se levantó,  
dio media vuelta  
y comenzó a andar.



Era ya de noche  
cuando el pequeño dragón  
llegó a su país.  
Rápidamente se metió en su cueva.  
Estaba muy cansado,  
pero sentía una gran felicidad.





A la mañana siguiente,  
cuando estaba desayunando  
junto a la mata de frambuesas,  
aparecieron los demás dragones.

—¿Dónde has estado tanto tiempo?  
—le preguntaron.

—Fuera —contestó él.

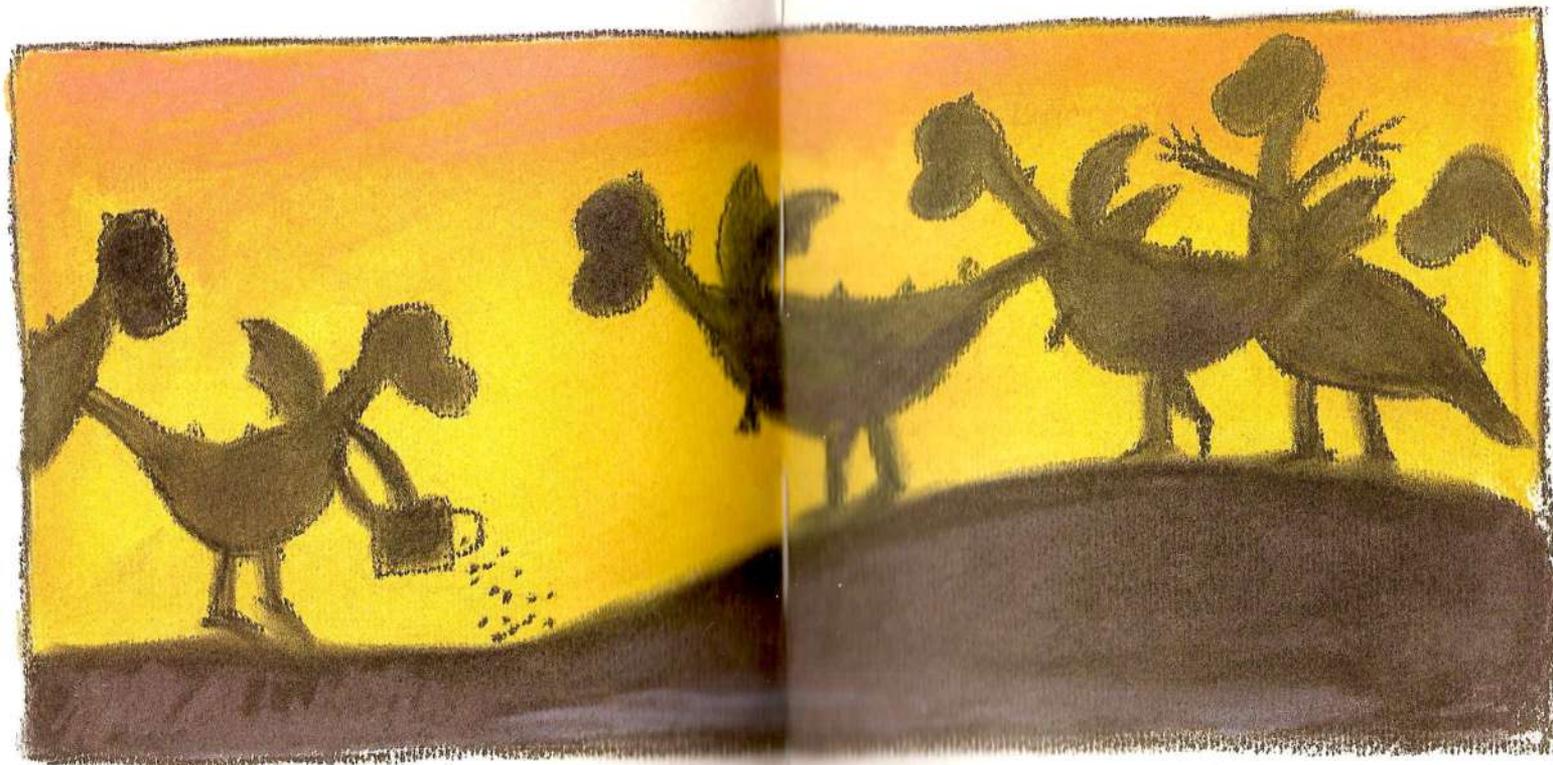
—¿Dónde?  
—preguntó la dragona  
con la que él había soñado.



El dragón se puso muy contento.  
De repente,  
se le ocurrió una idea.

Tiró al suelo  
la cesta repleta de frambuesas  
y gritó:

—Yo también os he echado de menos.  
¡Comed todos!



Celebraron una fiesta  
y la dragona cantó:

*Si no quieres tener penas,  
come frambuesas, ¡qué buenas!  
Con lunares en la piel  
¡se salta requetebién!*

Es la misma canción  
que cantan los dragones de hoy  
cuando están de fiesta  
y saltan y bailan.

